

El paje (que no era otro que el mismo don Alonso) se sublevó de ira al oír tal ofensa á su madre, y mudo como una estatua, descargó tremenda bofetada sobre la encantadora faz de doña Juana.

Esta se arrojó sobre él para matarle, pero lo impidieron los escuderos del palacio que á tiempo le habían aprehendido.

—Está bien — dijo la dama —; retenedle ahí mientras llega el cura de Santiago, á quien he mandado decir que venga inmediatamente.

—¡Jesús! — exclamaron todos —, van á confesar al paje para que muera con los auxilios espirituales.

Llegó el cura, presentóse á la dama, y ésta le dijo:

—Señor párroco: desposadme en seguida con este hombre; necesito casarme con él desde luego «porque no se diga que hombre alguno ha puesto la mano en mí no siendo mi marido».

Y al darle su mano, reconoció en el paje al mismo D. Alonso Enríquez, hijo del Maestre de Santiago y de una hermosísima judía de Guadalcanal, que se bautizó al fin y murió cristianamente.

A esa doña Juana se la llamó «la rica fembra de Guadalajara.»



El León Decrépito.

Los últimos días de Santa-Anna.—
Sus amigos fieles.—Un viejo soldado.
Su muerte y su entierro.—La fama y
la popularidad.

ESTE no es un artículo histórico ni un juicio sobre un personaje tan discutido. Conocí al General Santa-Anna, cuando volvió á México, en los últimos días de su vida.

Me llevó á conocerlo el General Riva Palacio, y le ví en la casa número 6, de la calle de Vergara.

Desde niño había yo oído hablar de aquel personaje que tantas veces rigió los destinos de mi patria y que, como decían los de su tiempo, sólo le faltó ser llevado en andas de oro, porque siempre estuvo lleno de fausto, de consideraciones y de honores.

Recuerdo que cuando era yo niño, el asistente que me llevaba á la escuela me decía con entonación de asombro:

Siempre que Su Alteza Serenísima iba á los toros, le ponían en su lumbrera una charola de plata llena de onzas de oro, y él se las arrojaba á los toreros.

—¿Y de dónde le mandaban esas onzas?

—Pues yo creo que debían de ser de la Casa de Moneda—me contaba el pobre soldado—, porque todas eran nuevecitas.

Otras veces escuchaba en el estrado conversaciones como ésta:

—Ya no hay Corpus en México. ¡Qué diferencia entre estos Corpus raquíticos, y aquellos en que Su Alteza, vestido de gran uniforme, era recibido debajo de palio en la Catedral, y marchaba debajo de la vela en la procesión, seguido de los Generales, de los Magistrados y de los maceros del Ayuntamiento, de los colegiales de manto y beca, por las principales calles de la capital!

¡Y cuándo iba á San Agustín de las Cuevas (Tlalpam), y paseaba frente á las mesas llenas de filas de onzas de oro!

Y cuándo iba á Jalapa, á Veracruz, al Ensero, y se encantaban en Perote, para cuidarlo, más de seis mil hombres, y se veía á los principales personajes ir y venir en grandes guayines mientras aquí se preparaban grandes festejos para recibirlo.

Y cuándo se iba á Turbaco ó á Manga de

Clavo y le llamaban para que volviera á la silla presidencial, y todos los que le criticaban en la ausencia, eran los más listos para apresurarse á darle la bienvenida.

Todo esto, dicho con entusiasmo por gentes de abolengo, de dinero, ó de posición política, despertó en mi ánimo la curiosidad de ver algún día al popular personaje que, según la pública opinión, había hecho la fortuna y la desgracia de no pocas familias, y que como todo el que asciende y culmina y manda, era objeto de simpatías y de odios perdurables.

Yo no podía formarme juicio imparcial sobre «Don Antonio», como le llamaban con cierta respetuosa confianza algunos amigos de mi casa.

Sabía que, como defensor del suelo en que naciera, había con gran valor y astucia arrojado de Tampico á Barradas, con sus españoles que pretendían reconquistarnos, y de Veracruz, al Príncipe de Joinville, con sus franceses, que anhelaban someternos al dominio de su rey.

Y sabía también que en Veracruz, en el muelle, es decir, en la puerta de la patria, había perdido, arrebatada por una bala extranjera, una de sus piernas, gloria que sus enemigos no comprendían, y que daba motivo

para que le llamaran el cojo de Santa-Anna.

Aquel hombre era la encarnación de un largo período de nuestra historia: se le imputaba una gran volubilidad política, considerándosele como el origen de nuestros disturbios.

¶ Siendo muy joven se lanzó á derrocar el imperio de Iturbide, hundiendo en el polvo el plan de Iguala y los tratados de Córdoba, y la mañana del 2 de Diciembre de 1822 proclamó la República Federal, encontrando eco en los más bizarros campeones de aquel tiempo.

Muchos, y el mismo Iturbide, en su manifiesto dado en Liorna, le hacen el cargo de que su pronunciamiento contra el imperio fué ocasionado por resentimientos puramente personales, por ambición y por odios que abrigara en el fondo de su pecho.

A esto respondió Santa-Anna en un alcance al *Diario de Veracruz*, publicado el 28 de Diciembre de 1822, lo siguiente:

«Cuando dí el grito de libertad, no fué con ánimo de constituirme el primer jefe del Ejército libertador; fué determinación del momento y por hallarme á la cabeza de esta rica provincia, con objeto de ceder el mando á cualquier jefe que reuniese los sentimientos patrióticos y conocimientos militares con-

venientes. Afortunadamente, se ha presentado el recomendable y singular ciudadano Guadalupe Victoria, y á ninguno con más justicia y razón debe consignársele la dirección de esta majestuosa empresa. Este hombre extraordinario reúne el completo de circunstancias que puntualmente necesita la gran nación mejicana para recobrar sus imprescriptibles derechos, y á éste es el genio benéfico á quien voy á consagrar mi obediencia y reverentes respetos. Así, pues, desde hoy mismo se reconocerá por general en jefe del Ejército libertador al referido ciudadano D. Guadalupe Victoria, y en consecuencia le prestarán obediencia todas las autoridades civiles y militares de esta ciudad y toda la provincia. Creo que esta justa determinación va á presentar á la nación y al mundo todo un hecho de desprendimiento que lo convencerá de que mis designios no han llevado otro objeto que su felicidad y libertad y no la ambición de gloria, que ha distado de mi corazón. Ésta siempre se ha cifrado en la salvación de mi cara patria, que espero se consiga bajo la dirección de nuestro general, ciudadano Guadalupe Victoria, genio destinado por la divina Providencia para tan agradable obra. — Veracruz, Diciembre 27 de 1822. — Antonio López de Santa-Anna.»

De seguro que Santa-Anna sabía que las clases opulentas y aforadas nunca fueron partidarias de la independencia de la patria, ni menos del sistema republicano, y que tenía que luchar contra ellas, afiliándosele para el combate aquellos generales, restos gloriosos de los insurgentes, que eran vistos por los aristócratas como rudos, ordinarios é incapaces de hablar, de escribir y de pensar como los de sangre azul.

La revolución de Veracruz desconcertó al partido borbonista y vino á determinar la fundación de la República, y unos meses más tarde, el 12 de Junio de 1823, que se dieran las bases para una constitución republicana y se declarase que el voto nacional estaba por la forma federal.

Todos estos recuerdos me inspiraban el gran deseo de conocer á Santa-Anna.

Yo no abrigaba hacia él ningún rencor, porque no viví en su época ni presencié muchos de los actos que le tornaran odioso ante sus contemporáneos, ni tengo noticia de que á mis ascendientes les hiciera favores; muy al contrario, más de una amargura le debieron en mi familia, lo cual no viene al caso ni hay para qué referirlo.



El diputado elocuentísimo y entusiasta, el abogado lleno de benevolencia y de ilustración, D. Joaquín M. Alcalde, había sido defensor de Santa-Anna cuando al volver al país le encerraron en la fortaleza de Ulúa y le condenaron á muerte.

Alcalde le salvó la vida, y él, que ya no tenía manera de pagar con dinero tan gran servicio, le regaló algunos objetos históricos, y entre ellos uno verdaderamente valioso.

Cuando en México estaban conturbados los ánimos por la noticia del arribo de Barradas frente á Tampico, una noche concurrió con su familia al Teatro Principal el general don Vicente Guerrero, que era entonces Presidente de la República.

De pronto, y cuando estaban en lo más interesante de la representación, un hombre vestido de cuero, con sombrero ancho, lleno de polvo, abrió la puerta del palco de Guerrero, y entró para darle unos pliegos.

Las gentes miraron con gran curiosidad lo que sucedía, sorprendieron la emoción que embargaba al caudillo del Sur cuando acabó la lectura, y animados por igual presentimiento, se pusieron de pie, como esperando que el Presidente diera cuenta al público de algo satisfactorio para la patria.

En efecto, Guerrero se puso de pie y dijo con voz sonora:

—Mexicanos, tengo que daros una gran noticia que llenará de regocijo á todos los corazones; el brigadier Santa-Anna ha hecho capitular á Barradas en Tampico, lo ha vencido, salvando la honra de la nación, y como justa recompensa voy á enviarle esta faja de general que traigo puesta, para que se la ponga con toda solemnidad y como un justo ascenso, en pleno campo y delante de sus soldados.

—¡Viva México! ¡Vivan Guerrero y Santa-Anna!—fueron los gritos con que todos respondieron á las palabras del Presidente.

Se suspendió la representación; actores y público gritaban con entusiasmo; la noticia cundió con la velocidad del relámpago; todas las torres, las fachadas y los balcones se adornaron en breves instantes con candilejas, banderas, cortinas y gallardetes; las gentes se abrazaban en las calles, y fué una noche de tanto regocijo como la del 15 de Septiembre.

Aquella misma faja ó banda de general, Santa-Anna se la dió á Joaquín M. Alcalde, diciéndole:

—Es el mayor tesoro que tengo en la vida; pero como á usted le debo esa vida, se la doy para que la guarde en mi nombre, recordan-

do que la tuvo puesta muchas veces el indomable é inmaculado patriota D. Vicente Guerrero.



Santa-Anna volvió á México ciego y pobre. Todas las tardes se reunían á conversar con él algunos antiguos amigos suyos, y Alcalde y Riva Palacio le buscaban para recoger de sus labios anécdotas y hechos de grande importancia histórica.

Aquel hombre que siempre estuvo rodeado de grandes cortejos, que se le presentaban las armas, se le llamaba alteza, y á su paso todas las cabezas se descubrían respetuosamente, acababa los días de su existencia en el mayor olvido.

Era un león decrepito; sin garras, sin colmillos, sin la melena real que en otros años formara su distintivo de grandeza.

El doctor José María Bandera, á quien Santa-Anna, una vez que le vió, siendo niño, recibir muchos premios en San Juan de Letrán, le dió un premio particular, consistente en una beca, iba á visitarle agradecido, y una tarde le examinó los ojos y le dijo:

—Señor general, la ceguera de usted es curable; yo puedo quitar esas cataratas y devolverle la vista.

—No consentiré en eso, señor doctor, porque me haría usted un gran perjuicio.

—¿Perjuicio, señor general? no me lo explico.

—Si, estando ciego, al volver á mi patria, he palpado tantas ingratitudes... ¿qué cosas vería, si me volviera usted á abrir los ojos? ¡No, yo no quiero ver eso; déjeme usted hundido en las tinieblas, así estoy más tranquilo!

Una tarde se presentó buscando á Santa-Anna un hombre del pueblo pobremente vestido y cargado de años.

Pidió hablar personalmente con su general, á quien quería entregar algo muy interesante.

Le hicieron entrar; encontró á Santa-Anna rodeado de varios amigos de confianza; lo contempló largo rato como sorprendido de verlo tan cambiado y ciego, y al fin le dijo con voz entrecortada por la emoción:

—Mi general, yo serví muchos años á su lado; estuve en Tampico y en Veracruz, y asistí aquí á la inauguración del monumento que se levantó en Santa Paula, para conmemorar los restos de la pierna que perdió usted el 5 de Diciembre de 1838, cuando rechazamos hasta el castillo de Ulúa á los franceses que mandó el rey Luis Felipe. Después, mi general, cuando el pueblo se pronunció

contra usted, el 13 de Agosto de 1855, yo ví derribar el monumento, y ví también, con las lágrimas en los ojos, cómo arrastraban la pierna de usted, gritando por las calles:

«¡Muera el zancarrón de Santa-Anna!»

Corrí gritando lo mismo para que me creyeran de los suyos, cogí los huesos y después de mucho me los llevé á esconderlos, y mi mujer y yo pedimos á Dios que nos concediera algún día devolvérselos á usted. Mi mujer ya murió, señor general; pero yo, cumpliendo con mi palabra, aquí traigo á usted esos huesos que con tanto respeto he guardado. Aquí están en esta caja, y usted los mandará enterrar donde guste.

Se levantó Santa-Anna, y contestó á su antiguo soldado:

—No puedo premiarte con un ascenso porque ya no soy nada, ni te puedo obsequiar con una onza de oro porque no me queda ni un solo real; pero hago contigo lo que se hace con un buen hijo...—y diciendo esto le abrió los brazos, lo estrechó entre ellos con cariño paternal, y le besó la frente.

De sus ojos sin luz y sin expresión rodaron lágrimas.



Santa-Anna pidió en sus últimos días al Gobierno del Sr. Lerdo, el reconocimiento de su empleo y el pago de sueldos atrasados; pero la Secretaría de Guerra y Marina, el 9 de Julio de 1874, se los negó, manifestándole que un Consejo de Guerra le había sentenciado á ocho años de destierro por conato de infidencia, y que, si había regresado á la República antes de cumplir la sentencia, era sólo en virtud de la gracia concedida en la ley de amnistía.



El 21 de Mayo de 1876, la casa número 6 de la calle de Vergara estaba de duelo.

El general Santa-Anna había fallecido á los ochenta y cuatro años de edad.

Yo fuí, acompañado de mi fraternal amigo y camarada de colegio Manuel Valenzuela, á verlo en su último lecho. Pocos, pero fieles amigos, le acompañaban, y entre ellos aquel honrado coronel Muñoz, que siempre llevó en el fondo de su sombrero de copa el retrato de su general y protector, á quien no olvidó ni un solo día en el largo destierro.

El coronel Muñoz lloraba como un chiquillo, y arreglaba con filial ternura las ropas, los cirios, los ramilletes de flores y las humil-

dísimas coronas con que la amistad había honrado á aquel personaje.

Recuerdo un detalle: un grupo del pueblo veía desde la calle flamear los cuatro cirios, y un individuo preguntó con curiosidad:

—¿Quién es el muerto?

—El general D. Antonio López de Santa-Anna.

—Y ¿quién era ese general?— preguntó un joven.

—Pues yo no lo conocí— respondió alguno;— dicen que fué Presidente.

—Ni yo tampoco lo conozco—dijo otro.

—Ni yo tampoco lo conozco—replicó otro.

Nadie pudo dar razón del renombrado personaje, y entonces le dije á Manuel Valenzuela:

—¿Qué te parece? ¿qué opinas de la fama?

—¡Hermano—me respondió—, así pasan las glorias de este mundo!



El entierro fué modesto, y el cadáver quedó sepultado en el cerro del Tepeyac, en esa eminencia bajo la cual está el templo adonde el que fué «Su Alteza Serenísima», llegó algún día rodeado de brillante séquito, vistiendo el lujoso manto de Gran Maestre de la Orden de Guadalupe.

El asistente Román.

CUENTO SEMI-HISTÓRICO

UNA tibia mañana de Julio, cuéntanme que venía en arrogante caballo negro, de largas y sedosas crines, un oficial seguido de su asistente, por el camino que conduce de la fábrica de pólvora al bosque de Chapultepec.

Ambos escuchaban todavía las alegres notas del toque de diana, pues rayaba apenas el alba, y por el Poniente se hundía opaca y hermosa la luna que ya le faltaba poco para estar en llena.

Detúvose el oficial un instante para encender un cigarro, y al volver el rostro, vió tendido sobre el césped el cuerpo de un hombre vestido de negro.

—Román—gritó al asistente—acércate á ver que es eso—, y le señaló con la mano izquierda el lugar en que yacía aquel cuerpo.

En breves momentos, el soldado bajó del caballo, puso en tierra la rodilla y examinó con interés y detenimiento lo que tenía delante de sus ojos.

—Mi capitán—agregó—es un joven decente, que está muerto por arma blanca y arma de fuego.

Apeóse al punto el oficial, y juntos contemplaron y examinaron el cadáver.

Era de un hombre como de veinte á veintidos años, de mediana estatura, con traje negro de levita, flamante, con la cadena de oro y el reloj en su puesto; no estaba rígido, y el soldado que le tocó la frente, las mejillas y los labios dijo con acento seguro:

—Comienza á enfriarse. No ha de hacer mucho que expiró, pues todavía le brota sangre de la sien izquierda.

—De veras, mira que gran boquete abrió la bala.

—Ha de haber sido de calibre 44, ¿verdad mi jefe?



El capitán miraba con tristeza aquel rostro blanco como el mármol, de buenas facciones, con bigote y barba bien poblados, tendido sobre el césped que envolvía sus contornos como en un marco de esmeralda.

La sangre brotaba y corría sin ser vista, porque la ocultaba ese mismo césped bien crecido, y en esa hora sapilcado por menudas y brillantes gotas de rocío.

—Aquí tiene una metida—agregó el soldado.

Fijóse el oficial y encontró en efecto que sobre el epigastrio, en lo que el vulgo llama la boca del estómago, tenía otra herida como de estilete ó bayoneta.

—¡Qué barbaridad!—exclamó.—Aeste infeliz lo ha matado alguien lleno de odio, de rencor, de venganza... quién lo sabe...; es preciso dar parte á la fábrica para que tomen algunas disposiciones. Quédate aquí Román, para que no vaya alguno á robarle las prendas que tiene encima, y yo en seguida vuelvo.

Diciendo esto, el oficial montó de nuevo, aguijoneó con los acicates á su caballo y en un decir Jesús, desapareció corriendo en dirección del cuartel, de donde había venido.

Cuando el asistente, que era ya viejo, y como hombre del pueblo devoto y no exento de supersticiones, se encontró sólo junto al muerto, volvió los ojos para todos lados, y seguro de que no tenía testigos, los levantó al cielo buscando algo en su azul limpio y diáfano, y no encontrando más que el sol que ascendía majestuoso en el Oriente, lleno de vivos resplandores, teniendo de la brida á su caballo, se arrodilló con la cara hacia el astro-rey, y con la beatífica actitud de un inca, se puso, santiguándose devotamente, á re-

zar un sudario por el alma de aquel desconocido.

Mascullaba las últimas palabras de sus oraciones, cuando vió venir á lo lejos un grupo de jinetes por el camino de la fábrica.

Se puso de pie, montó de nuevo, y callado como una estatua, siguió cuidando el cadáver con la serenidad del que obedece y cumple una consigna.

No tardaron gran cosa en aproximarse los que con el oficial venían, pues no eran otros los del grupo que divisara el asistente. Miraron con curiosidad y sobresalto el pavoroso cuadro; otro oficial dictó algunas disposiciones para avisar á la Inspección general de Policía, y el que ya conocemos, y á quien urgía llegar á la ciudad, continuó seguido del soldado, su camino para México.

—Qué mal desayuno hemos tenido, Román—dijo el oficial amargamente.

—Pobre señor—repuso el dragón—; ni siquiera murió como se debe.

—¿Pues como crees tú que se debe morir?

—Mi jefe, yo creo que en campaña ó en la cama; pero con los auxilios cristianos.

—Ya te veía yo venir, viejo mocho. Con razón serviste á los religionarios.

Estoy seguro de que mientras fuí á la fábrica, tú le rezaste al muerto.

—La verdad, sí, mi capitán; ¿para qué negarlo? ya le eché un sudario.

—¿Y para qué podrá servirle?

—Son cosas que me enseñó mi madrecita, y puede que sí le sirvan.

—Mira Román, ese cuerpo ya no tiene alma.

—Pues á su alma le eché el sudario, mi jefe.

—¿Pero tú no sabes adónde va el alma?

—Todo cristiano lo sabe: al cielo, al purgatorio ó al infierno.

—No seas tonto; eso es rancio y falso: la más consoladora de las doctrinas es la metempsícosis.

—¿La meten... qué?—repuso el viejo azorado, al oír tan extraña palabra.

—La creencia de que el espíritu, el alma, lo que nos hace pensar y sentir, se pasa cuando uno se muere, á dar vida á otro sér, ¿me entiendes?

—¿De veras, mi capitán?

—Sí, hombre. Si uno se ha conducido bien en la tierra; si ha sido honrado, noble, generoso, caritativo y bueno, su alma pasa á dar vida á otro sér superior, y va ascendiendo; pero si no, si ha sido infame, cruel y vicioso, entonces transmigra á un sér inferior y degenera, pudiendo empequeñecerse y degradarse

tanto, que deja de ser alma, se convierte en instinto y pasa á dar vida á los animales.

—¿Qué cosas tienen los extranjeros! Mi capitán, yo no sabía nada de eso; ¿pero es de veras muy fuerte?

—Mira: ¿no te has encontrado en tu larga vida militar, caballos muy inteligentes, muy vivos, muy dóciles, que hasta parece que piensan como los hombres?

—Sí, mi jefe.

—Pues en esos hay un instinto que antes fué el alma de algún sér que no mereció el ascenso á nada superior.

—¿Qué cosas saben ustedes los jefes!

Quedóse el dragón pensativo y cabizbajo, y á poco de andar mira que el caballo del oficial, asustado por una gran piedra que encontraron en medio del camino, se encabrita, comienza á dar reparos, y el oficial irritado le fustiga con tal fuerza, que el pobre animal se encogía temblando á cada latigazo.

—Mi capitán, por Dios, no le pegue tanto, no le pegue así, no vaya á suceder que esté usted cometiendo un crimen.

—¿Qué dices?

—No vaya á ser que en ese animal esté el alma de su señor padre, mi capitán, y que usted sin saberlo, lo esté maltratando como á un enemigo.

— ¡Canalla! — respondió el oficial—, ¡qué bien has entendido la doctrina de la transmi-gración! Si no te quisiera tanto, te daba una cintareada soberbia.

En estas y en las otras, llegaron á la ciudad y se dirigieron á Palacio.



La previsión de Lucas.

LUCAS, á quien cuando era yo muy joven conocí y traté con frecuencia, era un carpintero muy honrado, cristiano á carta cabal, enemigo del alcohol y de las parrandas y muy dedicado á aprovechar todas las horas del día, para ganar el pan con el sudor de su frente.

¿Qué es un carpintero? Nuestro inolvidable y malogrado poeta José María Bustillos, lo ha dicho hermosamente:

«Es un mago sagaz de alma sincera,
Que con afanes duros y prolijos,
Convierte las migajas de madera,
En migajas de pan para sus hijos.»

Y en efecto, Lucas se había casado muy joven, con una mujer honesta, hija única de una lavandera de fino, y cuando yo le conocí tenía cinco hijos.

Era la época en que yo concurría con puntualidad irreprochable á todas las sociedades literarias, artísticas, mutualistas, etc., que me

honraban nombrándome su socio, y tomaba parte en la eterna discusión de los reglamentos y de los programas de aniversario.

En dos ó tres de aquellas sociedades me encontraba á Lucas y llegué á quererlo por humilde, por bonachón, por honrado, por trabajador y porque me cayó en gracia cuando me dijo un día:

—Señor D. Juanito, se me figura que eso de escribir versos ha de ser para mí tan difícil como para usted darle buen punto á la cola.

—¿A qué cola, Lucas?

—Pues á la de pegar, ¿cree usted que es tan fácil darle un buen temple? A mí cuando era aprendiz me tuvieron mucho tiempo meneándola en el jarro, y hasta que la supe hacer no me ascendieron á manejar el cepillo.

Me demostró aquel hombre que el oficio de San José era tan complicado y tan difícil de aprenderse, como la carrera de marino, por ejemplo.

Un día, como prueba de gran cariño, me llevó á su casa, me presentó á su familia y me comprometió á visitarlo una vez por semana.

Cuando fui de toda confianza en aquel hogar tan pobre como honrado, me dijo Petra, la esposa de Lucas:

—¡Ay, Señor! Pídale usted á Dios que le quite á Lucas lo agarrado, porque ya no puedo con estas criaturas.

—¿Lo agarrado?

—Sí señor, de todo lo que gana, y ya sabrá usted que no es mucho, aparta una tercera parte, y quién sabe en qué la emplea, nunca me lo ha dicho ni he podido averiguarlo. Si fuera jugador, diría que se lo daba á las cartas; si bebedor, al vino; si enamorado, á las mujeres; pero en honor de la verdad, es un justo; parece un santo; usted lo ve, y sin embargo, me rebaja el salario, me corta el gasto, es muy mezquino, no me deja un centavo para comprar lo que se me antoje, y cada día es peor.

—Pero Petra—le respondí—, yo no puedo meterme en esas cosas.

—Dígale usted algo...

—No, no; yo no me ingiero en lo que no me atañe.

Tanto insistió, que algún día, con mucha suavidad le dije á Lucas algo, no se en qué forma, ni aprovechando qué ocasión oportuna.

—Señor—me dijo—, todo lo que estoy quitando á mi mujer y á mis hijos, es en bien de mi mujer y de mis hijos.

Y nunca le saqué de esta muletilla, que debo confesar que no la entendí por lo pronto.

Corrió el tiempo, marché á Europa, y á mi regreso fuí una tarde á la casa de mi padre y me encontré con que le habían hecho el duelo á una antigua mesita, de estorbo, que destrozó un chicuelo travieso y que había sido construída por Lucas.

—¿Y dónde está Lucas?—pregunté con curiosidad—hace años que no lo veo.

—No hemos sabido nada—me respondieron.—La accesoria en que estuvo su carpintería está cerrada, y ya ni rótulo tiene.

No volvimos ha hablar de esto.

Pasados algunos meses; un domingo, iba yo distraído por la calle; de pronto, un jovencito bien vestido y de fisonomía simpática, corrió á alcanzarme y me dijo:

—Señor, allí viene mi mamá, quiere hablar con usted dos palabras.

Me detuve, volví la cara, esperé unos minutos, y en la señora que se acercaba reconocí á Petra. La acompañaban todos sus hijos.

Ya no vestía tan humildemente como cuando yo la conocí, y me pareció hasta más cortés y más ilustrada.

Me refirió, con los ojos llenos de lágrimas, la muerte del buen Lucas, y concluyó por revelarme lo siguiente:

—Mi marido pagaba con aquellas cantida-

des que nos sustraña, con gran disgusto de mi parte, una Póliza de seguros sobre la vida, por valor de 1.000 pesos. Con esa cantidad hemos establecido una casita de comercio; en ella nos va muy bien; mis hijos se educan en buenos colegios, y yo, que no le olvido, bendigo su previsión y pido constantemente á Dios por su alma.

—Ya ve usted—le dije—como Lucas tenía razón; lo que quitaba á su mujer y á sus hijos, era en bien de su mujer y de sus hijos.

¡Pobre Enrique!

UNA mañana, al salir de casa, me encontré con un empleado federal, que me dijo:

—Anoche se ha muerto el Administrador de Correos de Orizaba; queda una buena plaza vacante.

—¿Quién dice usted?

—El Administrador de Correos de Orizaba; sí señor; un español que se apellida Guasp.

—¡Ah! ¡Pobre Enrique! ¿Usted no le conocía? ¿No supo quién era?

—Supe lo que acabo de decirle, que era Administrador de Correos de Orizaba.

—Hombre, eso lo puede ser cualquiera, pero Guasp fué algo más en tiempos pasados.

Y se me vino á la memoria toda una época en que el entusiasmo por el arte dramático me obligó á abandonar las cátedras y á no salir de entre bastidores.

Guasp vino á México muy joven, en 1868; había nacido en Palma de Mallorca, en 1843; era hijo de un honrado y valiente militar car-

lista, D. Damián Guasp y Castelló y de doña Manuela de Pérís, vizcondesa de San Román.

Lo dedicaron desde su primera juventud á la Marina, pero él amaba con viva pasión el arte escénico, luchando, como era natural, con las preocupaciones de su familia, que consideraba á todo actor como un miembro gangrenado del cuerpo social.

Sirvió en algunos barcos de guerra y se batió en defensa de Isabel II, con el mismo ardimiento con que su padre se había batido cien veces defendiendo al hermano de Fernando VII, á aquel Carlos V, que costó mucha sangre á España.

Vino á Cuba condecorado con dos cruces, y en alguna ocasión en que se tuvo necesidad de dar una función dramática en beneficio de los heridos y de los hospitales de sangre, trabajó como actor y se conquistó estrepitosos aplausos. En otra función contribuyó á fundar el hospital que estableció la condesa de O'Reylli.

Cegado por la gloria que tantos laureles diera á Julián Romea, se separó del servicio militar é ingresó en la compañía de D. Ceferrino Guerra, recorriendo la isla, y después haciéndose aplaudir en Madrid en muy buenos papeles.

Era un galán elegante en el vestir, fino en